

Cristina Seguí

LA MAFIA FEMINISTA



ÍNDICE

Agradecimientos	11
Introducción	13
¿Cómo llegó Irene Montero al Ministerio de Igualdad?	25
El Ministerio de Igualdad, el club de las feministas ungidas por el patriarcado	37
El nombramiento de Beatriz Gimeno como directora del Instituto de la Mujer	51
El Ministerio de Igualdad, la Stasi contra la iniciativa privada ...	55
«Negocio vaginal, éxito asegurado»	65

El ungimiento patriarcal: el caso Iglesias-Bousselham	73
Irene Montero aparca la lucha antipatriarcal para posar en el Vanity Fair	77
Las niñas de Baleares víctimas del feminismo	81
Ley de libertad sexual	91
El abuso sexual de una niña tutelada por el exmarido de Mónica Oltra	97
El negocio de los menores tutelados, el otro emporio de la izquierda feminista	103
Programas educativos feministas para adoctrinar sexualmente a los niños	115
El Parlamento Europeo vota contra la iniciativa polaca «stop pedofilia»	123
El informe interno del IMAS	129
El feminismo anticapitalista, a los pies del gran capital globalista	133
Bildeberg en España	143
El multimillonario patrocinio de Soros a la industria abortista	147
La nacionalización de los medios de comunicación	161

Ser madres es cosa de fachas	165
Los medios de comunicación al servicio de la injusticia y la ridiculización de la mujer real	181
El feminismo como carta de impunidad para maltratar a otras mujeres. El caso de Isabel Díaz Ayuso	199
El secuestro parental, el famoso «escudo social» feminista	213
Secuestradoras admiradas por las políticas feministas españolas: el caso de Juana Rivas	229
Organizaciones secuestradoras asesorando al Estado en materia de protección infantil	241
Campañas feministas de incitación al odio contra el hombre	265
La brecha laboral y formativa masculina	303
Epílogo	315

AGRADECIMIENTOS

A mi padre por enseñarme a perseguir la libertad y a rechazar el aborregamiento igualitarista. A mi hijo Lucas, ojalá un día leas estos párrafos y estés orgulloso de tu madre. Siempre has sido y serás mi horizonte y mi motivo de lucha contra la injusticia feminista que sueño con aplastar para que nunca te alcance. A mi «Enlace», mi banderín de enganche y el mejor hombre de la Tierra, que conocí mientras me cuidaba apoyado en un escaparate...

A Javier, el papá de Miguelito, su «Mishutka», esperándole bajo «el mismo cielo estrellado»; a Carlos, el papá de Caro, y a todos los hombres, niños y familias abandonados por el Estado y maltratados por el feminismo, y a todos los que, por pereza o dinero, se han apuntado a su negociado insano... Vamos a combatirles.

«Lo que está mal, está mal aunque lo hagan todos. Y lo que está bien, está bien aunque no lo haga nadie».

INTRODUCCIÓN

El poeta francés Charles Baudelaire fue el autor original de la cita que parafraseó dos siglos más tarde Kevin Spacey en *Sospechosos habituales* mientras caminaba por la calle y encendía un cigarrillo: «El mejor truco que el diablo inventó fue convencer al mundo de que no existía». Hoy ha sido lograr convencer al mundo de que existe, hace el bien y es necesario. «Satanás se disfraza de ángel de luz. Por tanto, no es de sorprender que sus servidores también se disfracen como servidores de la Justicia». Hoy, el mal promete el paraíso en la tierra y la buena nueva del fin de la desigualdad. Todos igual de pobres en el bolsillo y, sobre todo, igual de mediocres y pobres de espíritu.

Esta es una de las mejores frases que describen a la izquierda española. La izquierda occidental más mendaz y oportunista de Europa, que un día hurtó y patrimonializó la lucha de otros por los derechos de la mujer

para legalizar y reglamentar la maquinaria del Estado que hoy genera una guerra de sexos, malversa el dinero público y arrasa los derechos fundamentales de sus ciudadanos con sus métodos políticos violentos, regresivos, coactivos y empobrecedores.

El socialismo del siglo XXI ha encontrado en la teórica cruzada por la igualdad y el bien de la mujer una forma de robar e intervenir los activos privados, y no solo eso: ha logrado que ni el Congreso, ni la oposición, ni la Justicia se atrevan a frenar el saqueo y la expropiación comunista.

El feminismo izquierdista es una checa social, es la bota del Estado socialista sobre el cuello de sus ciudadanos, es el fin de la legitimidad de los jueces, el golpe definitivo a la prosperidad económica y el final de la libertad del individuo, que no es nadie fuera del pensamiento marxista colectivista.

Los que hemos viajado a los antiguos países socialistas del Este, hemos conocido la huella irreparable que ha dejado en las mujeres rusas, ucranianas o albanesas. La huella no era la del «patriarcado», sino la del comunismo, del que huían. No volver a someter a las mujeres a esa ideología criminal debería ser la consigna hegemónica del 8-M y del 25-N. Basta con leer el manifiesto de estas dos convocatorias para reconocer las mismas fórmulas de los países socialistas que fueron un puro fiasco para el desarrollo humano. Es por eso que las mujeres de la sociedad civil, o lo que quede de ella, deberían combatir el actual feminismo gubernamental, institucional, académico y mediático. Y las que se han apuntado a él, abjurar.

Las mujeres que hemos nacido libres tenemos que dar las gracias y combatir a un movimiento que amenaza

esa libertad. A las mujeres no nos discriminan los hombres, nos discriminan las medidas, las políticas y las planificadoras con sueldo millonario a cargo del contribuyente que afirman que la única forma de que tengamos trabajo es que nos lo den por ser mujeres.

Hasta ahora, España ha sido un ejemplo de los espectaculares éxitos alcanzados por las mujeres en las democracias libres occidentales. Las consignas marxistas del 8-M y todas sus convocatorias satelitales son calcadas de las de la Rusia socialista que derivaron en puestos de trabajo manual con pésimos salarios y la marginación total.

La primera semana de marzo del 2020, la vicepresidenta del Gobierno de España ofrecía una entrevista en la que animaba a todas las mujeres de España a llenar las calles el día de la manifestación feminista del 8-M, cuyo manifiesto era una oda contra el capitalismo.

Mientras, en su despacho, Iván Redondo, el director del Gabinete de Pedro Sánchez, responsable del Departamento de Seguridad Nacional y secretario del Consejo de Seguridad Nacional, elaboraba, gestionaba y guardaba los once informes que, entre enero y marzo del mismo año, alertaron al Gobierno de España de la gravedad de la pandemia del coronavirus, ignorados todos hasta que pudo ser celebrado el 8-M. Así, el presidente del Gobierno decretó el estado de alarma con el contagio ya extendido de forma masiva.

La periodista preguntaba en plató:

—¿Qué les diría usted a las mujeres que están dudando en ir a la manifestación?

Calvo respondía:

—Les diría que les va la vida, que les va su vida. Que les va seguir tomando decisiones para proteger su seguridad.

Pocos días después de la convocatoria, todas las comisarias políticas de la pancarta resultaron infectadas: Carmen Calvo, Arancha González Laya, Begoña Gómez, la madre del presidente del Gobierno, Isabel Celaá... y tantas otras feministas del resto de su aparato mercenario. Lo que este país ignora todavía es a cuántos miles de mujeres «invisibilizadas» y «victimizadas» por el feminismo les fue la vida realmente.

Lo importante de aquella manifestación, reproducida por todo el país y gran parte de Occidente, era hacer prevalecer y difundir el concepto acientífico de la «violencia de género» que atenta contra todas las ciencias policiales que sí salvan vidas. El dinero público para acabar con los asesinatos de mujeres tiene que estar en el bolsillo de alguna exokupa de Maravillas, amiga de Irene Montero, reconvertida en asesora de género para el Estudio sobre «personas no binarias», en lugar de dedicarlo a dotar de recursos a nuestras Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

Estas aristócratas empobrecedoras son peligrosas, letales, para las mujeres y sus hijos. Aseguran que las mujeres son asesinadas por el simple hecho de ser mujeres, como argumentan Carole Pateman y el resto de las feministas radicales enemigas de las democracias liberales. Falacia comprada por los medios de comunicación cuya labor consiste en difundir la propaganda misándrica enviada desde Moncloa, destinada a doblegar la razón y el pensamiento crítico del pueblo; medios que

repetían con diligencia goebbeliana que «el machismo mata más que el coronavirus».

Una falacia que, en lugar de combatirla, lamentablemente hizo suya un sometido Pablo Casado el 21 de noviembre de 2020, por indicación de algún estudio de mercado politológico que obviaba a toda la población y votantes cuyos derechos han sido arrasados por la ideología de género. «Claro que hay violencia de género, hay violencia contra la mujer por el hecho de serlo... Esta lacra tiene un componente específico, que hay que abordar. El negacionismo es letal». De esta forma, el principal partido de la oposición validaba no solo el mayor instrumento de violencia estatal contra el individuo del siglo XXI, sino que también justificaba todo su leviatán de redes clientelares destinadas a malversar el dinero y los recursos públicos y compraba para su discurso político un término, puro chantaje conceptual que la izquierda antisemita había exportado cínicamente del Holocausto judío para matar civilmente al discrepante de su verborrea marxista, el «negacionismo».

Este libro es una llamada a la responsabilidad de todas las mujeres que han entregado su representación a una izquierda que canta «el violador eres tú» y acosa a los jueces del caso de la manada, mientras se opone a la prisión permanente revisable para cientos de violadores. Una izquierda reencarnada en un movimiento que exigió en las calles la derogación de la doctrina Parot, que sacó de la cárcel a violadores de mujeres como el violador del estilete, el violador del portal y el violador del ascensor, gracias al voto decisivo del catedrático español designado para la tarea por José Luis Rodríguez Zapatero.

«Este gobierno es el gobierno de las mujeres», repite sin cesar la rutilante ministra de Igualdad, que, junto a su novio, cumplió las aspiraciones políticas de una asesina condenada a treinta años de prisión en los ochenta por matar a un hombre, Pilar Baeza, quien concurre como candidata de Podemos a la alcaldía de Ávila y fue defendida por todo el aparato una vez descubierta «el pastel», incluidos Pablo Echenique y Juanma del Olmo, dirigentes de Podemos que justificaron el asesinato acusando al inocente asesinado de «violador», lo que les costó una condena, actualmente recurrida, de 80.000 euros por parte del Juzgado de Primera Instancia e Instrucción número 8 de Leganés, por «vulnerar el derecho al honor de un fallecido». No puede haber mejor metáfora de lo que es en sí misma la Ley Integral de Violencia de Género: la utilización de la mujer y el drama que viven las auténticas maltratadas, para blindar y convertir en intocable una decisión política que, en este caso, era convertir en delincuente sexual a un hombre inocente y a su asesina en víctima.

Se pretende la inversión de la carga de la prueba y la culpabilidad por defecto, si no se demuestra lo contrario, porque el feminismo es, para sus militantes y el Estado socialista, el órgano político juzgador de la población, al margen de los jueces. Al menos, hasta que la judicatura esté completamente tomada mediante el proceso para «moldear a los jueces en perspectiva de género».

Lo cierto es que la izquierda política española siempre ha resuelto sus presuntos casos de agresiones sexuales internamente, sin acudir a la Justicia, sin pruebas y, en algunos casos, incluso sin las víctimas. Hecho

absolutamente insólito, impensable sin la carta de impunidad feminista para «luchar contra el patriarcado». Una salvajada judicial, innegablemente ilegal, aplicada en el seno de sus propios partidos y extrapolada y materializada en el seno de la sociedad con las leyes feministas, cuya única utilidad comprobada es la aniquilación, al discriminar por razón de sexo, de los derechos fundamentales consagrados en el art. 14 de la Constitución Española, la suplantación del poder judicial por los políticos y la increíble y desconocida realidad de que, de los 300 secuestros de niños en España, como mínimo el 73% tienen como protagonista a la progenitora amparada por las leyes de los legisladores del PSOE y de Podemos.

Una ley hecha de una forma perversa para que los jueces tengan que instruir con las convicciones personales y desviaciones morales de políticos como Irene Montero, Carmen Calvo y Victoria Rosell, por encima la ley, transformando sus sentencias en castigos infectados por el prejuicio sexual y la liquidación de la igualdad de los ciudadanos.

Desde la instauración de esta ley en 2004, toda opinión individual o movimiento más o menos organizado y contrario a ella han sido sistemáticamente silenciados por los medios de comunicación. Las directrices de los directores de los programas de televisión eran claras y dadas en las salas de espera previas a la entrada en los platós: «No se habla de la violencia de género». Los políticos de izquierdas han logrado, incluso, atenuar a la oposición en el Congreso nacional y los parlamentos autonómicos: «¡Fascista!» era su sentencia legislativa desde el atril contra todo discrepante. Y con ello

se han llevado por delante muchas vidas profesionales de hombres y mujeres que han combatido las leyes de género.

A pesar de su contenido, la Ley de Violencia de Género fue aprobada en el Congreso por unanimidad porque ningún diputado tuvo el valor y la dignidad de votar en contra. Se ausentaron del Congreso 30 diputados en el momento de la votación: 17 del PP, 10 de otros grupos y tres del PSOE, entre ellos Alfonso Guerra y... adivinen: la hoy institutriz del feminismo, la vicepresidenta del Gobierno Carmen Calvo.

Los dos partidos sobre cuyas espaldas un número importante de mujeres ha depositado la ardua tarea de la protección de todas son el PSOE, partido en cuyo seno está el único político condenado por pegar a su mujer, el exsecretario general del PSE, Jesús Eguiguren, y Podemos, el partido que elaboró leyes feministas y de protección de la infancia con Infancia Libre, una entidad que, de acuerdo con las fuentes policiales de la investigación, funcionaba como una «organización criminal» en manos de secuestradoras parentales condenadas.

Una relación profesional absolutamente coherente, si tenemos en cuenta que Podemos es el partido que ha implantado como protocolo de purga la denuncia de un acoso sexual falso para eliminar a sus oponentes internos, ha convertido a sus hombres en jefes de Recursos Humanos y teniendo como resultado que sus órganos dirigentes estén integrados por sus novias, compañeras y amantes.

Una de las víctimas de Podemos ha sido el abogado José María Calvente, a quien Iglesias acabó indemnizando con 35.000 euros en octubre del 2020 después

de despedirle utilizando una falsa acusación de acoso sexual a la abogada Marta Flor para machacar al coordinador legal de la formación chavista por haber declarado ante el juez que “el líder de Podemos y vicepresidente del Gobierno preparó junto a la madre de sus hijos, y ministra de Igualdad, el “montaje del caso Dina”. Revelador. Unidas Podemos, el único partido político con nombre femenino y que corporativiza los homenajes a las mujeres maltratadas en las puertas de todos los ayuntamientos y parlamentos, recurriendo a una falsa acusación de acoso sexual para acabar con la vida de un hombre, propósito confirmado por la Audiencia de Madrid el 22 de diciembre de 2020 en senda sentencia que confirmó que Podemos se había inventado una trama sexual contra Calvente.

Una vez demostrado que los hechos de la denuncia por acoso sexual de Podemos contra Calvente no han sido acreditados, la Fiscalía de Lola Delgado; ergo, del presidente del Gobierno Sánchez, declinó su obligación de perseguir el delito como lo hace en los casos de decenas de miles de hombres en España, hecho que hubiera exigido solicitar el sobreseimiento libre, y no el provisional como hizo la fiscalía. Todas las televisiones y radios españolas untadas de dinero por el Gobierno durante 2020, exceptuando las pequeñas e independientes, silenciaron el asunto. La perversión de ambos contrapoderes, el mediático y el del ministerio público, eran esenciales para que el vicepresidente del Gobierno y ministro de Asuntos Sociales y Agenda 2030 saliera impune de haber realizado en público una denuncia de un delito sexual con el fin de desprestigiar, acosar, y amedrentar a un empleado despedido. Iglesias había

acusado a Calvente en una comparecencia pública, un año antes del Auto, flanqueado de Ione Belarra y Noelia Vera, dos feministas sumisas del partido que asentían y callaban para darle relumbrón y solvencia a la treta mafiosa de Iglesias mientras el «macho alfa» repetía: «Se trata de un caso de acoso sexual muy grave que todos conocen, y todo aquel que acuse a Podemos de algún delito, lo que tiene que hacer es acudir a los tribunales, y que los tribunales diriman».

Los tribunales dirimieron y Podemos y Marta Flor vieron archivada su denuncia falsa de «acoso sexual», pero lo relevante del caso Calvente, no es tanto que Podemos haya fabricado aquella trampa para su abogado, sino que ha logrado convertir esta práctica en un protocolo normalizado para destrozarse personas a nivel social y judicial. Un sistema criminal susceptible de ser aplicado a 23 millones de hombres en España. Y para ello, su principal herramienta es la mujer.

Las víctimas de esta picadora de carne estatal e ideológica, por la que se pasan todos los derechos fundamentales son, principalmente, los niños. Son víctimas de la pervertida moral feminista proyectada en sus leyes educativas con claros tintes de perversión infantil inspirados por varias de sus feministas icónicas, entre ellas, Simone de Beauvoir. Son víctimas de las leyes feministas que les llegan a apartar de sus padres, abuelas, tías y hermanos durante años y en ocasiones para siempre y son víctimas de toda la maquinaria puesta en marcha para enterrar los casos de abusos sexuales y prostitución en los centros tutelados de Baleares y de la Comunidad Valenciana. El 21 de agosto de 2020 Irene Montero escribía: «La lucha contra la explotación

sexual y la industria proxeneta es una prioridad para el Ministerio de Igualdad. Además, los prostíbulos deben ser cerrados por motivos de salud pública y, especialmente para proteger a las mujeres en situación de prostitución». Ella misma había frenado con su voto en el Congreso una comisión de investigación sobre abusos a los menores de Baleares seis meses antes, a lo que habría que sumar tres vetos más a sendas comisiones de investigación pedidas en Baleares y dos contra las peticiones de auditoria del Instituto Mallorquín de Asuntos Sociales, IMAS.

Esas niñas no solo eran víctimas de su abandono y de la aberrante perspectiva educativa volcada en ellas por las feministas, también de la fascinación de estas políticas «empoderadas» por la sumisión al islamismo y por los servicios que prestan al gran capital globalista, que usa las invasiones migratorias como otra fuente de negocio.

La feminista se presenta como la portavoz de una política de inmigración nefasta frente estas avalanchas migratorias de menas (menores extranjeros no acompañados) concentrados en centros de acogida. El Estado no tiene un proyecto serio sobre cómo construir en España un proyecto de país moderno y competitivo con una ciudadanía diversa, más allá del dinero que ganan algunos políticos con el hacinamiento de menores no acompañados, aprovechándose así de «la pobreza». Son muchos los españoles de padres inmigrantes que se merecen un trato igualitario y que rechazan ser el complemento de la foto exótica y coartada para la construcción de sociedades paralelas que, desde Galapagar y la clínica Ruber, las feministas denominan «multiculturales».

Feministas españolas que ven los espacios públicos en España anegados de macro y micromachismos, pero que para recibir a delegaciones iraníes se ponen el hiyab, la prenda usada en países como Egipto, Irán y Afganistán, a medida que han avanzado los islamistas, para instaurar su modelo social consistente en someter a la mujer, controlar su presencia en el espacio público e, incluso, impedirle la educación.

Feministas antipatriarcales que se ponen el hiyab a miles de kilómetros de millones de mujeres que luchan hasta el punto de jugarse la vida por liberarse de la opresión y del control.